



gando sus blasfemias hasta manchar el mismo libro divino que inflamó su genio. Después que Cromwell hubo cogido las galeras de España, el poeta Waller, desterrado por realista, y que habiendo sido indultado vivía en la corte del protector, cantaba: «por largos meses acamparon nuestras fuerzas sobre los mares, bloqueando á España: España, que soberbia aspiraba al imperio del mundo, ahora se halla encerrada en los puertos por nuestras naves, viendo flotar al aire la escarlata de nuestra bandera y sin émulos sobre las azules ondas del mar. Pasajerías son las naciones sobre el Océano; los ingleses solos han fijado allí su estancia. Nuestras velas desafían el curso de los vientos, igualándose con las nubes. Nuestros abetos profundizaron en el mar sus raíces, y nosotros paseamos seguros sobre las ondas furiosas,» y concluye augurando que la corona será presentada al protector.

No calumniemos á la naturaleza humana con creer que todos se envilecen. Cuando el Parlamento fué despedido, Bradshaw intimaba á Cromwell: «Por ninguna autoridad de la tierra, excepto por la suya propia, puede ser disuelto el Parlamento:» Ludlow decía al hijo del protector: *Detestaría hasta á mi padre si estuviese en el puesto del vuestro*, y amenazado por Cromwell con la prision, añadió: «Un juez de paz podría hacerme atar, porque está autorizado por la ley, pero vos no,» y renunció su cargo. A los que le decían que con esto perdía la ocasión de medrar, les respondía: «Tener parte en la usurpacion de Cromwell es malo,» y no quiero yo hacer mal por mucho bien que pudiera resultarme.» Jamás llegó á ser reconocido por completo su poder, fundado en la necesidad y en la prevision profética que justificaba los actos á la faz de los independientes, y que correspondía tan bien al orgullo británico, tan positivo, y á veces tan sublime. Su locuacidad destruye la sospecha del disimulo á que podría inducir el tono místico y escritural en que se expresaba; y se valió hasta del nombre y de la inspiracion de Dios para destruir la libertad y proclamar el poder de la espada. «Aquellos que atribuyen á uno ó á otro la idea y la realizacion de las grandes cosas

que el Señor obró en medio de nosotros, y que pretenden que no es la revelacion de Jesucristo mismo, en la que se apoya el gobierno, hablan contra Dios, y caerán bajo su mano sin el socorro de un mediador. Por lo cual, penseis lo que querais de ciertos hombres, aunque digais: es astuto, político y diestro, guardaos de juzgar las revelaciones de Dios, creyendo examinar el fruto de las invenciones de los hombres.»

El temor de la anarquía fué siempre la disculpa del despotismo; y Cromwell, para reprimir á los realistas, dividió la Inglaterra en trece gobiernos militares, puesto cada uno bajo las órdenes de un mayor general con autoridad civil y militar, que estaba bajo la dependencia del protector. Después hizo que le propusiesen el título de rey; pero conociendo el desagrado público, dijo que su conciencia no le permitía aceptarlo; declarando, sin embargo, que su vocacion provenia de Dios, y que el puesto en que se encontraba era el de la eleccion del pueblo y que sólo Dios y el pueblo podrian quitárselo. El espionaje no habia tenido jamás tanto desarrollo; no podia fiarse de ninguna de las facciones, porque á todas las habia engañado, y todas habian recibido golpes tiránicos con la misma imparcialidad. Entre tantas lisonjas y halagos temia á todos, amigos, fanáticos y realistas; llevaba puesta siempre la coraza, y no tenia tiempo fijo ni para presentarse en público, ni para viajar, llegando su temor hasta el punto de dormir cada noche en habitacion distinta. Su figura no tenia nada de airoso; nada habia de nobleza en sus modales; era incorrecto y oscuro en la conversacion, pero tenia un genio ardiente, mucha actividad y gran conocimiento de los hombres y del modo de hacerlos instrumentos de sus ambiciones. De oscuro nacimiento, y sin recursos, no deteniéndole nunca el sentimiento del honor ni el de la virtud, se apoderó de tres reinos, y les impuso un yugo más pesado que el que habian sacudido. No tenia la rapidez de Napoleon; antes bien procedía en todo con paso mesurado; el disimulo era su suprema sabiduría, su único cuidado el granjearse el efecto de las tropas, y unas veces cruel, otras generoso, la superioridad de su



razon no le dejaba ser perseguidor, y en vez de vengarse de sus enemigos, prefirió dominarlos,

El sentimiento religioso le hizo tolerante con las demas sectas; acogió con bondad al cuáquero Fox; toleró á los judíos, y si bien parecia concentrar su ódio sólo contra Roma, escribió sin embargo á Mazarino, que haria todo lo posible para que tambien obtuvieran tolerancia los católicos. Sumamente escrupuloso en los actos devotos, predicaba y lloraba sus pecados y los de los demas; y habiendo caído enfermo, decía: «Dios mio, si anhelo la vida, es por manifestar abiertamente las glorias de tus obras. Señor, aunque debilísima criatura, yo te pido merced de la Gracia. Muchos hombres me estiman más de lo justo, y otros desean mi muerte; pero tú, Señor, fuiste siempre el árbitro mio; prosigue haciendo por ellos lo que mejor les convenga.» Habiéndose agravado su mal, preguntó á un capellan: «Obtenida una vez para el alma la Gracia divina, ¿puede quedar duda de la propia salvacion?» Habiéndole respondido que no. «Entonces, dijo, estoy salvado, pues una vez sin duda la he tenido.» Y exclamando: «Hijos míos, vivid como cristianos; os dejo por alimento el pacto con el Señor, murió el aniversario mismo de las victorias de Dumbar y de Worcester, y «subió al cielo embalsamado por las lágrimas del pueblo, y en alas de las oraciones de los Santos.»

Cuando una revolucion hace sucumbir todas las cosas, el hombre que permanece en pié aparece grande. De este modo fué juzgado Cromwell, porque fué fuerte, y porque se le atribuyeron los méritos de los que le precedieron, dando la gloria á quien sólo tuvo la fortuna. Pero en realidad dejaba aniquilada la libertad, agitados los ánimos, deudas crecidas, un ejército enorme y hábitos de obediencia. El habia realizado la idea de la independencia personal en sí mismo, y de la nacional en el gobierno, como la predicaban los independientes; pero su obra no podia sobrevivirle. Un dominio fundado en el entusiasmo y en el don de la profecía, no puede transmitirse á un sucesor; y además de que su familia estaba menos contenta que asustada de aquel súbito establecimiento, ¿era posible que una nacion pensadora y comer-

ciante se doblegase nunca ante aquella poética elevacion en un siglo tan político y positivo?

El consejo de Estado le dió por sucesor á su hijo Ricardo con todas las solemnidades acostumbradas en las sucesiones de los reyes, y con las mismas bajas adulaciones, entre ellas la de que se habia puesto el sol, pero que aún no habia venido la noche: que después de Moisés el libertador, venia Josué, que los llevaria á la tierra prometida de la verdad. Ricardo era hombre retraído, sin experiencia de los negocios ni valor guerrero; pero demasiado justo y moderado, trató de hacerse popular y se hizo despreciable; de aquí que los soldados se abrogasen el poder y lo hicieran abdicar.

Habiendo quedado éstos por dueños, reunieron los restos del Largo Parlamento; pero apenas vieron que éste trataba de mandar en vez de obedecer, determinaron disolverle. Las fracciones de éste fueron detenidas por Jorge Monk, gobernador de Escocia, que habia sido protector de Carlos I y después guerrero de Cromwell; pero siempre digno, sin adular ni buscar grados, poniendo todo cuidado en sostener su cargo y en mantener la subordinacion, por lo que todos creian tenerle de su parte. Entonces bajo el aspecto de republicano pensó restablecer á los Estuardos; pero no lo dijo á nadie, y mucho menos á Carlos II, porque los espías trabajaban más fuera que dentro. Carlos se habia refugiado en Francia, donde su carácter y novelescas aventuras excitaron interés en los demás y esperanzas en él. Con este motivo tenía muchos allegados que mantener, sin más recursos que 6.000 francos que le habia asignado el rey de Francia; pero queria conservar las apariencias de corte, gozar de placeres, y teneren público amores vergonzosos. Los católicos y los presbiterianos trabajaron para convertirlo; él hizo promesas á entrambos, y en vez de cumplirlas despreció toda creencia religiosa.

Entre tanto, Monk, con el título de defensor de las antiguas libertades, entró en Inglaterra, y siendo bien acogido llegó á Londres; nombrado general en jefe, declaró nulo el decreto que excluía á los Estuardos, y convocó un Par-



lamento, que animado por los Puritanos, restableció el calvinismo: en él se presentó una declaración del rey abundante en promesas y en franquicias, y se determinó la vuelta de Carlos. Fué recibido con ánsia y con gran regocijo, despues que se habia visto la tiranía de la re-

pública, siendo escoltado por las mismas tropas que habian acompañado al patíbulo á su padre; Carlos preguntó: *¿Dónde están, pues, mis enemigos? Veo que sólo es culpa nuestra el no haber vuelto más pronto.*

CAPITULO XI

La restauracion inglesa.

Cromwell en el interior no habia trastornado el antiguo orden de cosas, habiendo dado aquellos golpes que sólo se sienten en el porvenir y no en el presente. Los elementos de la Constitucion, el sistema de la legislación y el de propiedad, la liturgia y el símbolo, habian quedado como antes estaban: la cámara de los Lores fué cerrada; pero á nadie se le quitaron sus títulos. Una gran parte de la nobleza se habia asociado al pueblo contra el rey, por lo cual podia restablecer el antiguo equilibrio de los poderes políticos, con la ventaja de haber adquirido mayor experiencia.

La restauracion de los Estuardos fué un acontecimiento nacional, porque éstos se presentaban con los méritos de un gobierno antiguo, unido á las tradiciones del país, y de otro nuevo sin culpas precedentes: las vigorosas creencias comenzaron á parecer ridiculas, y ya se principiaba á obedecer. Despues de tantos males, resultó seguramente un bien; pero Monk debió haber estipulado con el rey las condiciones necesarias para asegurar la libertad obtenida durante la revolucion, y evitar las contiendas que renacieron muy pronto por no haberse determinado bien los derechos de cada uno.

Carlos volvia déspota como lo habian sido sus abuelos; sin embargo, afable y cortés más de lo que prometia su rudo aspecto, educado en la desgracia y viniendo á un pueblo cansado de agitaciones, alcanzó mucho para sí con el perdon, la mansedumbre y la tolerancia: licenció el ejército, devolvió á Escocia su independencia, y se rodeó de personas ilustradas. Los desertores de la causa de libertad son los mejores instrumentos contra ella; los viles aduladores de Cromwell se apresuraron á merecer con nuevas vilezas la gracia de Carlos, y á llevar al patíbulo á los que tambien Cromwell habia aborrecido como incorregibles partidarios de la libertad. Un Parlamento que duró diez y ocho años, más realista que Carlos, inducido por el espíritu de reaccion contra los tiempos pasados, habia establecido la tiranía, si no se hubiera opuesto á ello el canciller conde de Clarendon.

Carlos era uno de aquellos espíritus débiles que no atreviéndose á ejercer la tiranía, echan mano de la arbitrariedad; negligente, antepuso á los negocios las disipaciones y la voluptuosidad; escuchaba á los bufones con más interés que á los ministros, é hizo ajusticiar á diez de